

MI AMIGO MARINO TRONCOSO

Lydia Grundmann de Arbeláez

*Exalumna de la carrera de literatura.
Candidata a la Maestría en literatura. U. Javeriana.*

Quiero recordar el amigo que fue Marino Troncoso. Lo conocí cuando llegó de París a la Javeriana. Yo terminaba mis estudios de pregrado en el Departamento de Literatura. De inmediato descubrí en él a una persona fuera de lo común: su inteligencia y simpatía le brotaban hasta por los poros y su conversación sencilla y cálida acercaba fácilmente a su interlocutor. Fuimos amigos. Muchas fueron las veladas en que, con mis hijos, se disfrutó de una buena ópera, una valiosa película y hasta de una divertida sesión de naipes. Entró a formar parte de la familia. Hablábamos de libros, de sus ocupaciones y de mis dificultades frente a la labor que Dios me había encomendado. Fue el compañero de los muchachos para el fútbol, las caminatas y el baño turco. Casi sin darme cuenta, aprendí de Marino a disfrutar las cosas pequeñas de la vida, a encontrar alegría en lo cotidiano y aceptar todo aquello difícil y doloroso que había en mi camino.

En la facultad fue un exigente y dinámico director de estudios. Sus ocurrencias ingeniosas y oportunas divertían a alumnos y profesores; entonces se escuchaban sus sus carcajadas por los salones ya que naturalmente, era él quien primero celebraba el chiste. Porque Marino fue ante todo un ser humano con la fortaleza de su fe y razón, y con la debilidad del que también comete errores. Por esto, podía, comprender fácilmente las equivocaciones de las personas que lo rodeaban para dar un sabio y comprensivo consejo o tender una mano amiga.

Ahora, los que fuimos sus amigos, no lo recordamos con dolor y extrañeza, conservamos viva su presencia poniendo en práctica aquello de "ponerle aire a la vida", como decía Marino frecuentemente. Gracias por la maravillosa experiencia de haberlo conocido ♦